

TÍTULO DEL DOCUMENTO: Pregón de Fiestas 2009. Andrés Zamora Juárez



AUTOR: Andrés Zamora Juárez

TIPO DE DOCUMENTO: Pregón de Fiestas

GRUPO DE TRABAJO:
Serv. Cultura y Festejos

NOMBRE DEL FICHERO: pregFer09.doc

DESCRIPCIÓN Y COMENTARIOS:

Pregón de Fiestas Patronales de Villarrubia de los Ojos 2009, pronunciado por Andrés Zamora Juárez, profesor de literatura española del siglo XIX, cine español y estudios europeos en el departamento de español y portugués de la Universidad de Vanderbilt, en Nashville, Tennessee (USA).



Pregón de Ferias
2009
Andrés Zamora Juárez

A quienes quieran escuchar, les hago saber, en nombre de mi ninguna autoridad, que a veces no es fácil ser villarrubiero en el extranjero; exige esfuerzo, constancia, paciencia; hay que echarle idea, para usar una expresión local mucho más elegante, sofisticada y filosófica que el mostrenco “echarle cojones” (con perdón de la concurrencia). Digo que no es fácil porque cuando inevitablemente te preguntan de dónde eres y respondes con el nombre del pueblo, Villarrubia de los Ojos, te das cuenta de inmediato que el topónimo (con perdón otra vez) suena a lugar exótico y pintoresco. No hay peor cosa para un español en el extranjero, sobre todo en un país anglosajón, que resultar exótico y pintoresco, que sentirse objeto de curiosidad etnográfica. Os advierto que la situación se agrava aún más si el interlocutor no habla castellano y te pide, y siempre lo hace, si puedes traducir el nombre al inglés. “Blonde Village of the Eyes” tiene una resonancia todavía más peregrina y folclórica que el original español, pues si lo traducimos de vuelta a la lengua del imperio viene a equivaler a una suerte de “Rubia Villa de los Ojos” o “Villa de Pelo Rubio de los Ojos”. Para colmo, el buen estadounidense puede ser inquisitivo, e interrogarte o, incluso peor, especular sobre las razones del “rubia” y el “ojos,” del “blonde” y el “eyes” en la denominación del pueblo. Entonces hay que echar el resto, y no te queda otra que explicar que la referencia al “rubio” del nombre nada tiene que ver con una especial



predisposición capilar de sus habitantes, sino probablemente con la tonalidad y flora de sus campos, aunque en verdad tiran al verde parra en verano y al ocre o al rojizo en invierno, color este último, por cierto, que sí está en conformidad con el antiguo nombre latino del pueblo, "Rubeum", el cual si bien a través de los siglos se transformó fonológica y semánticamente en "rubio", con su significado actual, en principio aludía a un matiz del rojo o a una planta de la que se extraía un tinte de ese mismo tono. Para complicar todavía más este laberinto cromático y etimológico en el que te has enredado, os aseguro que en ese instante te sientes sin embargo en la obligación cultural de corregir la tendencia sajona a imaginar al español como fatalmente dotado de una cabellera más negra que las endrinas, y de apostillar que hay de hecho bastantes vecinos de Villarrubia que son efectivamente eso, rubios, si bien ese color de pelo, añades complicándote la vida, no ha sido considerado tradicionalmente como superior en belleza al otro, sino más bien al contrario ya que incluso existe en el propio dialecto del terreno una palabra especial para designar a los pelirrubios--jaro--que (aquí, gran asombro del americano) puede todavía tener claras connotaciones peyorativas o negativas. Pero cuando el galimatías toponímico, el follón del nombre, alcanza su ápice es cuando tienes que aclarar que el "de los ojos" no se refiere a los de la cara, sino a "ojos de agua", ojos de agua que en realidad, es preciso y triste confesar, ya no existen, convirtiendo así en espurio, en una falsificación, en falsa moneda, el apellido del pueblo, aunque--improvisas en ese momento--históricamente el apelativo fue primero "de los ajos" ("Blonde Village of the Garlic Cloves? Wonderful!" exclama entusiasmado el gringo) y en cualquier caso, concluyes, ese "de los ojos" es en última instancia apropiado y legítimo pues efectivamente los



villarrubieros y villarrubieras suelen tenerlos, los de la cara, muy bonitos, registrándose incluso una rara abundancia del verde en los iris nativos, tal vez el mismo verde de los inmensos campos de vides estivales. Tras semejante escaramuza conversacional acabas siendo natural de un pueblo llamado Villarrubia, o Villajara, que podría haber sido, ¿por qué no?, Villamorena, morena clara, o incluso Villarroja, Villarrubí de los Hermosos Ojos Verdes. Entonces descubres con alarma que has convertido al pueblo en una canción de Imperio Argentina o de la Piquer. Y eso sin entrar para nada en Cerrojillos Quintines, Ojos de Rico Pelo, Ojos de la Vaca, Peñas Amarillas, Blanquillas, moriscos, Coloraos, Negros Chova y Pedos de Lobo.

Me temo que más de uno se preguntará con toda razón a dónde me encamino con esto y si, para el que sabe el refrán, no se me acabará pronto la linde. El propósito de un pregón es dar noticias, repartir mandatos y obligaciones, impartir públicamente información, anunciar mercancía vendible o comprable, advertir de cosas y personas que se han perdido o encontrado, proclamar lo que ha ocurrido y lo que habrá de suceder, relatar el pasado, dar cuenta del presente y anticipar el futuro, tal vez incluso entretener a la audiencia. Los pregones de feria de los últimos años, todos ellos excelentes, han cumplido con creces esas funciones. Los ha habido del género poético, del nostálgico, del ditirámico y laudatorio, del reivindicativo, del de erudición histórica, noticia geográfica, observación lingüística, celebración toponímica, investigación folclórica o exaltación religiosa. Reconozco lo mucho que he aprendido de todos ellos y admito mi palmaria incapacidad de decir nada nuevo en ninguno de esos campos, ni en prosa ni mucho menos en verso.



Permitidme, pues, que simplemente y por lo que pueda valer os refiera un par de cosas de poca sustancia, tres bagatelas sobre cómo he vivido y vivo mi carácter de villarrubiero, cómo llevo el pabellón local, mi villarrubiedad, en mis idas y venidas por el mundo.

A esos efectos, para que conste, en honor a la verdad, con gran satisfacción y no poco orgullo, tengo que manifestar solemnemente que no todas las ocasiones en las que he declarado mi nación villarrubiera han demandado la tarea explicativa susodicha. Ha habido casos, por el contrario, en que esta circunstancia ha dado lugar a la sorpresa regocijada y memorable. Uno de ellos ocurrió en Londres, hace ya más de veinte años. Tras un accidentado viaje desde Nueva York, llegamos finalmente mi mujer y yo a la estación de metro de Hammersmith en la capital británica, pues cerca de allí estaba la casa de una amiga de un amigo de un amigo que se había ofrecido a alojarnos con generosa hospitalidad a pesar de los tres grados de separación. Ya en el apartamento, su compañera de piso, española, nos hizo la consabida pregunta: “¿Y vosotros de dónde sois?” Respondimos, como siempre, que de un pueblo del norte de la provincia de Ciudad Real que se llama Villarrubia de los Ojos. Sin titubeo alguno, sin preámbulo de ningún tipo, apenas sin pestañear, la muchacha replicó a bocajarro: “¿Conocéis a la chica del ‘Chirri’?” Esto en Londres, cerca de la estación de Hammersmith. “¿Conocéis a la chica del ‘Chirri’?” Como decía Chesterton, que también era de allí, de Londres, lo más curioso de los milagros es que suceden. Años después, otra mujer española casada con un inglés se puso en contacto conmigo para pedirme si podía asistir como oyente a una clase de cine español que yo estaba



impartiendo como profesor invitado en la Universidad de Pittsburgh. Terminé haciendo amistad con ella y un día la invitamos a que viniera a cenar a casa con su marido. En el curso de la noche, surgió una vez más el asunto de nuestro origen y patria chica. Ante la respuesta, “De Villarrubia de los Ojos, provincia de Ciudad Real, en la región de la Mancha, a unas 90 millas al sur de Madrid”, la muchacha nos miró boquiabierta, después hizo lo propio con su muy británico marido y dijo: “Pero si allí tenían una casa mis padres. Yo he ido muchísimas veces”. El destino nos había deparado llegar a conocer en Pittsburgh, estado de Pensilvania, a la antigua propietaria de la casa de Ramoncito, el hijo de la Patro, la santera de la Virgen, con el que yo había jugado en interminables primaveras infantiles durante la época en que mis abuelos se iban de temporada al santuario. Boulder, Colorado, Aberdeen, en Escocia, u Oxford han sido a lo largo de los años inesperados escenarios de comedias y anagnórisis semejantes. ¡El medallón! Incluso en una ocasión, una amiga que había venido unos días de visita a casa, y que yo creo que siempre había pensado que lo de Villarrubia de los Ojos era cuento, una invención nuestra, nos trajo una carta de alguien que había conocido en una fiesta de profesores en Princeton y que sorprendentemente le había asegurado que era de ese mismo pueblo imaginario y que además nos conocía, lo cual era clara prueba de que todo el asunto era fruto de la conspiración de una oscura secta empeñada en hacer creer al mundo que existía un pueblo llamado Villarrubia de los Ojos. La carta estaba firmada por María, hija de la Conchi Crespo y nieta de Manuel Crespo, que fue alcalde y maestro en una clase justo junto a la mía, la de Jesús Pérez Cacho, en las viejas escuelas de la Glorieta de Abajo. La secta, la secreta hermandad, la misteriosa e intrigante cofradía



de los villarrubieros, seguía extendiendo sus tentáculos ultramarinos. Hoy día el embeleco ha llegado a tales proporciones que ya no es apenas extraño encontrarse a individuos en Dublín, Manhattan, Londres, Tokio, Ucrania o Bucarest, por no mencionar todos los destinos caribeños, que, rubicundos o no, aseguran sin ningún rubor, sin rojez alguna, sin ponerse colorados, que son naturales del legendario e imposible pueblo de Villarrubia de los Ojos y aun dan noticia de sus muchas maravillas.

Deseo reclamar la magra porción que me ha tocado en la difusión de esa leyenda. Quiero daros cumplida cuenta de que en mis clases y charlas sobre estudios culturales españoles y europeos recurro muy a menudo al pueblo, a Villarrubia, como un caso ejemplar de la aceleración histórica vivida por España, sobre todo la España rural, en los últimos cuarenta o cincuenta años. La evolución política, económica, social, moral y cultural de la nación en el último medio siglo ha sido absolutamente vertiginosa. Cambios y transformaciones que en otros países habían llevado décadas, en España han tenido que realizarse en un espacio de tiempo mucho más reducido debido el considerable retraso que habíamos acumulado. El pueblo es una perfecta viñeta de esta peripecia histórica española. Mis estudiantes y colegas norteamericanos, amén de algunos funcionarios europeos de Bruselas a los que he tenido la oportunidad de dirigirme a veces, saben, porque se lo he contado yo, que en los años sesenta una gran cantidad de las calles de Villarrubia eran todavía de tierra, y canto, o de piedra y barro cuando llovía, que no había sistema de alcantarillado, ni agua corriente en la mayor parte de las casas, que se lavaba en el caz y en los arroyos, que las basuras y



excrementos, mayores y menores, humanos y animales, se acumulaban en basureros y pozos negros que periódicamente había que sacar--esa era la palabra--lo cual como sabe el que lo recuerda y como puede imaginar el que no, era operación poco placentera y sólo apta para hombres y mujeres de probada reciedumbre estomacal. También les cuento a mis estudiantes que el cuarto de baño era entonces una rareza y que los pocos que lo tenían en Villarrubia hacían votos de que no fuera menester utilizarlo. Les hablo de las palanganas, del lavarse a trozos, del retrete de mi casa, de la insistencia de mi madre de que tuviera cuidado no me fuera a caer por el enorme agujero, de la cortina de arpillera que malamente preservaba la intimidad defecatoria o mingitoria del usuario en el pequeño casuchín y del código de toses que se había establecido para avisar de que la letrina estaba ocupada o de que a alguien le urgía entrar. Por si acaso, les informo a mis discípulos que mi familia no era particularmente pobre, que éramos del montón y de que mucha gente no tenía ni siquiera ese agujero y debía acucillarse con habilidad de acróbata en la parecilla del basurero mientras las gallinas picoteaban bucólica o geórgicamente por detrás. Cuando tengo totalmente sobrecogido a mi público por la crónica de tanta miseria y tanto atraso les sorprendo con la noticia de que esos mismos villarrubieros, los que tenían que hacerlo en el basurero, o al menos sus hijos, presumen hoy de cuartos de baño que podrían abochornar a muchas de sus contrapartidas americanas o europeas: cabinas de ducha e hidromasaje con millones de chorros e intensidades, equipo de sonido, teléfono inalámbrico y temperatura regulable al grado, bidés de alto diseño, alicatados primorosos, porcelanosos y carísimos. De paso también les menciono que ya hace tiempo que tenemos bajo control lo del alcantarillado, el agua corriente, el



asfaltado de calles y el embaldosado de aceras, éste hasta la saciedad.

Hemos pasado de una cultura de la supervivencia y la resignación a otra bajo el signo del bienestar, el lujo, e incluso el exceso de los nuevos ricos. Suelo contar en mis clases que en este período histórico la diminuta tienda de comestibles con su perpetua tripa en el techo atestada de moscas en racimo y suspendida peligrosamente sobre la lata abierta del bonito, se ha trocado en flamante supermercado de cajas enguantadas y miles de productos en sus espaciosos e impolutos pasillos, desde la cerveza alemana al condón americano, objeto clandestino y prácticamente innombrable hace cuarenta años. Les juro a mis estudiantes, cuyas abuelas ya tenían y conducían coches en su juventud, que cuando yo era pequeño todavía se repartía el pan en borrico (en el pueblo nunca ha habido asnos, burros o jumentos, sino únicamente borricos) y se iba al plantío o a la huerta con mula, carro y un galgo atado cortico. Hoy, no tantos años después, se diría que se regalan los Mercedes, Audis y BMWs y que se nos ha hecho imposible ir al bar de la esquina sin cogerlos, los tractores vienen con aire acondicionado y hasta tenemos tiendas de mascotas pues los animales son ya únicamente cosa de diversión y golosina. Les hablo del alto índice de analfabetismo de los años sesenta y de la necesidad de que Agraciano, ese sí que era pregonero de verdad, al menos en mis días, convocara al vecindario en las esquinas a soplo de trompeta y golpe de caja para hacerles saber en nombre del señor alcalde que el jueves había que pagar la contribución en la posada de la Mercedes y que el viernes venía la pesca. Hoy los nietos de Agraciano pueden ir a Inglaterra o Irlanda a estudiar inglés para así leer y escribir en varios idiomas.



Les informo también de que el pueblo se fue haciendo cada vez más rico y que un día, para sorpresa del personal, pues antes aquí los extranjeros eran especie casi desconocida, llegó un rumano, o una rumana, y en varios años eran ya multitud, y se les habían sumado ucranianos, rusos y latinoamericanos, y algunos empezaron a emparejarse con los aborígenes y otros tuvieron hijos que decían “maque” y hablaban con un perfecto acento local porque se estaban volviendo del terreno. Les explico a mis estudiantes que mientras tanto los del pueblo iban todos los días a Madrid como fogoneros o maquinistas de la locomotora económica del país, de la construcción, y que se les había hecho una estatua en homenaje y se había organizado una fiesta en su honor en la que a veces, sufragado por el ayuntamiento, había espectáculo de strip-tease o travesti para grandes y pequeños, viejos y jóvenes, sin que se produjera mayor escándalo o vocerío en un pueblo donde treinta años antes el conocimiento que tenían los solteros de la anatomía íntima del otro sexo era bastante deficiente. Tomo nota para futuras clases y charlas de un cartel que ví hace poco y en el que se anunciaba un strip-tease masculino en uno de los garitos locales, lo cual es elocuente con respecto a los avances en la igualdad entre villarrubieros y villarrubieras, que no sólo regentan ya gestorías, trabajan en bancos o abren negocios, sino que también se pueden soltar el pelo como si fueran danesas o suecas.

En el curso de estas pequeñas incursiones en la metamorfosis cultural del pueblo no me olvido de advertir que la velocidad del cambio ha sido tan rápida que inevitablemente, para bien y para mal, quedan residuos del pasado y se producen situaciones de verdadera esquizofrenia histórica al coexistir



elementos de la más absoluta postmodernidad con inercias de una época premoderna. Como síntoma, les refiero el caso de un vecino de aquí, hombre ya mayor, que no ha conseguido acostumbrarse a hacer sus necesidades en el magnífico inodoro de su casa y se embarca cuando es menester en su Mercedes de campanillas, se va al campo, busca un árbol propicio y allí, localizable por el último sistema de GPS y con un móvil que tiene hasta despacho de pan, echa sanchopanzescamente las posaderas al aire y desahoga el vientre a la antigua. Tampoco me resisto a hablarles de la transformación de los ritos mortuorios en el pueblo, del fulminante éxito de los tanatorios, esa tecnología moderna y democratizadora de la muerte con jardín zen al frente, música clásica en el aire y ambientes asépticos y acristalados para aliviar la pena. Pero les aclaro que el tanatorio todavía convive con maneras de tratar la muerte absolutamente incomprensibles en cualquier otra sociedad del primer mundo. Así, les aseguro que los propietarios de empresas de pompas fúnebres dan mecheros de propaganda con la leyenda “Tú sigue fumando que funeraria Roncero te está esperando”, y que los marmolistas expertos en lápidas anuncian su mercancía con el slogan “Usted se muere y nosotros lo decoramos”. Si estoy de humor, para joder el ascua o arrimar el ascua a mi sardina, les cuento que, en tiempos, mi tatarabuela Josefona hacía los arcones para la mayor parte de los menesterosos del pueblo, que entonces eran muchedumbre, con los deshechos de las cajas en que venía el tabaco, que cuando alguien se moría la llamaban y los medía con el mandil; un mandil, mandil y medio, raramente más pues entonces éramos muchos más pequeños y encodrijados, no únicamente por genética, sino porque sólo comíamos pollo en ferias. Y sobre todo, presumo ante mis estudiantes y colegas, que nos



queda todavía eso, las ferias, nuestra privilegiada aptitud para la celebración pública y la fiesta multitudinaria. Eso les cuento a mis oyentes sobre Villarrubia.

He pasado veinticinco años fuera del pueblo con la excepción de los pequeños paréntesis de los veranos, pero todavía siento un escalofrío de emoción cuando enfilo la carretera de Villarrubia tras la desviación de Puerto o recupero el olor de las higueras. En ese tiempo he tenido no menos de doce direcciones diferentes, empezando por Alabama, a donde, como en el resto, mi esposa, Mariví Zamora tuvo el coraje o la temeridad de acompañarme. Mis hijas han nacido en Los Angeles, Pensilvania o Tennessee, prefieren jugar en inglés y cuando volvemos hablan el español con un acento atroz, pero tienen una especial habilidad, casi genética se diría, para empezar a decir rápidamente que el “agua está helaica”. A veces cuando vuelvo a Villarrubia me encuentro un poco forastero, mas sigo sintiendo el orgullo local en lo propio con cada avance y cada mejora. No os negaré que frecuentemente hay cosas que me irritan: cierto desprecio por la cultura, un excesivo culto al dinero y la apariencia, la progresiva desaparición de la vida de calle y plaza en favor de la parcela y el chalet, nuestra cabezona e ignorante obstinación en que todo lo villarrubiero es lo mejor de todo el universo conocido, la persistencia de esa falta de sentido cívico que nos hace ser limpiísimos en nuestra casa y en nuestro diez metros de fachada pero grandes tiradores de papeles y basura en calles y encrucijadas de caminos, o la desidia ante el deterioro de nuestros paisajes urbanos y campestres; de las tres cosas del pueblo que no tiene Madrid, todas en relación al milagro manchego del agua, no queda nada o sólo



restan despojos. Pero al final eso no importa. Yo soy de Ciriaco el panadero, que en paz descanse, y de la Luisa, la hija de Justo el sardinero. Yo soy de aquí. Si la patria del hombre es la infancia y si, según García Márquez uno es de donde tiene enterrados a sus muertos, lo que me prepare el destino no cuenta para el caso. Yo soy de aquí, y seguiré hablando, a quien me quiera oír, de mi cepa villarrubiera, de mi villarrubiedad, allá donde me arrastre la siempre caprichosa fortuna.

Gracias por este honor, por vuestra asistencia y por vuestra atención

Felices fiestas